

Por **BIZÉN D'O RÍO MARTÍNEZ**

EL AÑO 1917 se cumplía al llegar el día 21 de febrero, los cien años del nacimiento en Valladolid del primero, tal vez, de todos los poetas líricos españoles, o lo menos desde ciertos puntos de vista. Pero a pesar de haber sido José Zorrilla el poeta nacional por excelencia, apenas si se conmemoró el centenario de su nacimiento, habiéndolo hecho con solemnidad y verdadero amor a su recuerdo tan sólo en su Valladolid natal y en la ciudad de Granada, que fuera testigo de su más esplendoroso triunfo.

Resultó casi doloroso reconocer que las generaciones del último tercio del siglo XIX desconocían casi totalmente al gran poeta español, con el agravante de aplaudir tan sólo lo que constituía la parte más deleznable de su obra, o sea, el hartó y repetido mil veces mil "Tenorio", mientras seguía sumida en el olvido toda su producción más importante. En cambio, no hubo nadie más popular que él, hasta el advenimiento de los poetas menores, que, comenzando por seguir sus huellas, acabaron por oscurecerle.

Quizá fuera el literato aragonés D. Miguel Allué Salvador quien nos dejara en una glosa publicada en su Centenario, el primer momento de este "bardo", pues fue más esto que literato: "Una tarde fría del mes de febrero de 1837 sirvió de marco a la escena. Numeroso e ilustre acompañamiento rodeaba en el cementerio los restos mortales del malogrado D. Mariano José de Larra (Fíguro), que por especial caridad de la Iglesia, iban a recibir cristiana sepultura. La luz descendida del crepúsculo vespertino daba palidez y aires de sombras a todos los semblantes. La voz de la amistad y el timbre de la elocuencia resonaron con emoción en aquel tétrico ambiente, para recordar en nobles frases la interesante historia de los borrascosos, brillantes y malogrados días de "El pobrecito hablador". Terminaron los fúnebres elogios y como si saliera debajo de aquel sepulcro, según frase de un testigo presencial, se destacó la figura de un jovencuelo, casi un niño, desconocido de todos, que con trémulo acento comenzó a leer unos versos plétoricos de afecto y entusiasmo. Todos preguntaban por el nombre del novel poeta que acababa de nacer en aquel instante a la vida de la inmortalidad. ¡Oh, fábula de nuestra existencia! Los mismos que en fúnebre comitiva habían acompañado al ilustre Larra a la mansión de la muerte, salieron de aquel lugar llevando en triunfo a otro poeta al mundo de la vida y proclamando con entusiasmo el nombre de Zorrilla". Desde aquel momento el nombre de Zorrilla empezó a ser pronunciado en las tertulias literarias como una esperanza, a confirmarse en el tiempo, y poco después el Liceo Artístico y Literario, centro a la sazón de los hombres ilustres, ratificó los elogios que en privado se hacían del autor de los versos del cementerio. Así, D. José Zorrilla entró desde entonces como uno más en el cenáculo de los literatos famosos de la época.

Su personalidad se definió bien pronto. Llena su alma de nobles sentimientos, sostuvo el romanticismo que empezaba a morir, y en el teatro que le abrió sus puertas, en las revistas que acogie-



José Zorrilla, apunte.

Primer centenario de Zorrilla en 1917

Memoria de otro tiempo. Sostuvo el romanticismo que empezaba a morir y dejó admirables poemas, obras teatrales y revistas.

ron sus trabajos, dejó este autor en versos admirables poemas llenos de fe, de nobles ideales, así como de excelso patriotismo.

Su personalidad fuera del arte, puede calificarse como de una constante inquietud. Fue aventurero impenitente, mal administrador de sus caudales, no se dejó guiar por los amigos, emigrante, cómico de la legua, trovador ambulante. Sus compatriotas le concedieron todos los honores y la Real Academia le guardó el sillón durante veinte años que tardó el "vate" en decidirse a leer su admirable discurso de recepción, escrito en verso, en un acto para el cual el Paraninfo de la Universidad Central fue insuficiente para contener al público.

En 1837 publicó su primera colección de "Poesías", con prólogo de Pastor Díaz. La segunda colección, mucho mejor que la primera, vio la luz en 1839. A esas poesías sucedieron los "Cantos del Trovador", "María", "Granada" y otras muchas producciones. En 1847 y 1852 publicó varios volúmenes con el título "Obras" y hasta la última de los años citados, había compuesto un gran número de leyendas y poemas.

Tenía D. José Zorrilla veinticuatro años cuando propuso a García Gutiérrez, ya bien conocido, escribir una obra dramática. Ésta fue la titulada "Juan Dábaldo", que obtuvo un gran éxi-